

REFLEXIONES SOBRE LA LIBERACIÓN Y EL MONJE*

Hasta hace algunos años los filósofos, los teólogos, los políticos, los estudiantes, las amas de casa, y hasta los monjes, hablaban, escribían, reflexionaban sobre la *libertad*. Se luchaba por la libertad, la libertad era proclamada a gritos, escrita en las paredes, etc. Y los contemplativos –nosotros–, veíamos la contemplación como causa y efecto de nuestra libertad de “hijos de Dios”.

Un día, todos dejamos de hablar en términos de “libertad” y comenzamos a hablar de “liberación”. ¿Será lo mismo? ¿Por qué habrá muerto un término y surgido otro? ¿Tiene este cambio de términos alguna exigencia especial para nuestra vida monástica?

Una consulta al diccionario esclarece un poco el panorama y ayuda a colocar correctamente la cuestión.

- **Libertad:** Facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos. || Estado o condición de quien no es esclavo. || Estado de quien no está preso. || Falta de sujeción y subordinación. || Facilidad, soltura, disposición natural para hacer algo con destreza...

- **Liberación:** Acción de poner en libertad.

- **Liberar:** Libertar, eximir a alguien de una obligación.

- **Libertar:** Poner en libertad o soltar a quien está atado, preso o sujeto físicamente. || Librar a alguien de una atadura moral que tiene o podría tener.

(Acepciones tomadas del *Diccionario de la Real Academia Española*). Evidentemente, hay matices. La libertad es un estado. La liberación

* Abadesa emérita de la Abadía *Gaudium Mariae*, fallecida el 7 de mayo de 2003.

† Traducción del portugués realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb.

es un proceso, un movimiento. La libertad es una facultad; la liberación, una acción. Comprendo ahora mejor por qué hoy no se habla más de libertad y sí de liberación.

Sin embargo ahora surge una duda. ¿Si, por ventura, la liberación se tornara, en los individuos y en la sociedad, un proceso interminable, ya no deseoso de libertad, que en el hombre es siempre dominio, madurez, responsabilidad, compromiso con los principios e independencia respecto a lo accidental; y que, en el cristianismo, es cruz, martirio, santidad, experiencia interior del Espíritu Santo? ¿Y si llegaríamos a amar más la liberación que la libertad?

Y coloco aquí otra pregunta: Si la liberación es una acción, un proceso, ¿puede ser conseguida por quien no es libre, ontológicamente libre? ¿Puede “mover” el que está en potencia, el que no está en acto?

Meditaba yo estas cosas cuando una tercera pregunta me envolvió, como un cilicio, la mente y el corazón: ¿cuál es, cómo es el “compromiso” de un monje frente a la “opresión-liberación”? Me acordé del texto de *Evangelica Testificatio* (nº 11): “... Insiste justamente el Concilio en la obligación de los religiosos y de las religiosas de ser fieles al espíritu de sus Fundadores, a las intenciones evangélicas y al ejemplo de su santidad, colocando ahí uno de los principios de renovación en curso y uno de los criterios más seguros para aquello que cada instituto debe emprender”.

Bajo el impulso de ese texto, decidí buscar en la *Regla* de san Benito y en los *Diálogos* de san Gregorio un hecho, algo que me ayudara a encontrar una respuesta clara, eficaz, verdadera.

Un río de luz descendió de esos textos venerados y ya no tuve más ninguna duda en cuanto a la relación entre el monje y nuestra problemática actual.

San Gregorio —probablemente a fines del siglo VI— al escribir sus famosos *Diálogos*, dedica una parte de éstos al relato de episodios extraordinarios de la vida de san Benito. Por detrás de lo extraordinario, cuyo valor histórico no analizaré, este monje, Papa y santo, nos va exponiendo aspectos de la vida monástica, criterios de enfoque, etc. Pero no en forma de tratado o de legislación, o de ensayo, sino narrando hechos concretos, describiendo cuadros existenciales cuyo principal protagonista es san Benito, abad de una comunidad monástica y legislador principal del monacato occidental. A lo largo de los capítulos desfilan todos los problemas posibles en la vida de un monasterio: la vocación, la relación abad-comunidad, la tentación, la reacción de los que se ven “obligados a abrazar cosas nuevas con espíritu envejecido”, la envidia de los malos, el relajamiento, el oficio divino, la oración, la contemplación, la obediencia, la pobreza, el trabajo, la vida común, la relación con el poder público, etc., etc. Pues bien, transcribo el capítulo XXXI:

De un labriego maniatado, que desató con sólo su mirada

1. Un Godo de nombre Zalla que pertenecía a la herejía arriana, en tiempos del rey Totila se enardeció con máxima crueldad contra los hombres fieles de la Iglesia católica, hasta el punto de que cualquier clérigo o monje que se le pusiera delante, ya no salía con vida de sus manos. Un día, abrasado por el ardor de su avaricia, ávido de rapiña, afligió con crueles tormentos a un campesino, torturándolo mediante diversos suplicios. Vencido por los sufrimientos, el campesino declaró que había confiado sus bienes al servidor de Dios, Benito, para que el verdugo, al darle crédito, suspendiera entre tanto su crueldad, y así pudiera ganar algunas horas de vida.

2. Zalla entonces dejó de atormentar al campesino, pero atándole los brazos con fuertes cuerdas, lo obligó a ir delante de su caballo para que le mostrara quién era ese Benito que se había hecho cargo de sus bienes. El campesino, caminando delante con los brazos atados, lo condujo al monasterio del hombre santo, a quien encontró solo, leyendo sentado junto a la puerta. El campesino dijo a Zalla que lo seguía enfurecido: “He aquí al Padre Benito de quien te hablé”. Zalla fijó en él su mirada con ánimo encendido y perversa ferocidad; y pensando que podría actuar con su terror acostumbrado, empezó a gritar desaforadamente: “¡Levántate! ¡Levántate y devuelve los bienes que de él has recibido!”.

3. Al oír estas palabras, el hombre de Dios al instante levantó sus ojos del libro, y después de mirarlo, fijó su atención también en el campesino que estaba maniatado. En cuanto dirigió su mirada hacia los brazos de éste, las cuerdas que los sujetaban comenzaron a desatarse de un modo maravilloso y con tanta rapidez, que nunca presteza humana alguna hubiera podido hacerlo con igual celeridad. Al ver que quien había venido maniatado de pronto se encontraba desatado, Zalla, aterrado ante la fuerza de un poder tan grande, cayó en tierra e inclinó su cerviz de inflexible crueldad a los pies de Benito, encomendándose a sus oraciones. No por esto el hombre santo se levantó de su lectura, sino que llamó a los hermanos y les ordenó que acompañaran a Zalla adentro para que tomara un alimento bendecido. Cuando volvió junto a Benito, éste lo amonestó diciéndole que debía cesar en los excesos de su insensata crueldad. Zalla se retiró humillado, y en adelante ya no se atrevió a exigir nada al campesino, a quien el hombre de Dios, sin tocarlo sino sólo mirándolo, había liberado de sus ataduras.

4. Aquí tienes, Pedro, lo que dije: que los que sirven a Dios omnipotente más de cerca, a veces pueden obrar milagros por poder. El

que reprimió sentado la ferocidad del terrible Godo y con su mirada desató las correas y los nudos que sujetaban los brazos de un inocente, nos muestra, por la misma celeridad del milagro, que realizó lo que hizo gracias al poder recibido.

Este relato es tan claro, elocuente y didáctico (corresponda o no a la realidad, sea o no un hecho real o mera parábola), que dispensa de todo comentario. Mientras tanto, es más honesto, una vez expuesta mi pregunta, que narre también mi reflexión.

Se trata de un campesino oprimido, explotado, a quien ataron sus manos, a quien insultaron, sin el menor respeto por su condición de hombre, a quien se quiere sacar el fruto de su trabajo. Es un hombre “rústico”, que no tiene la más mínima posibilidad de defenderse. No tiene otra posibilidad de opción, a no ser entregar la ínfima retribución de sus muchas horas de trabajo o morir torturado y humillado.

Cuadro real y actualísimo.

Frente al campesino está Zalla, un godo “capitalista”, “ardiendo de avaricia” y “ávido de rapiña”. Este hombre se siente con derecho a oprimir a sus obreros que son, al mismo tiempo, sus súbditos. Además de esto, se siente con la posibilidad de “afligirlos con crueles tormentos” hasta “vencer al rústico”. Para este señor, es mucho más importante el pequeñísimo capital del campesino que el propio campesino. Los hombres son manipulados al servicio de la avaricia.

Cuadro real y actualísimo.

Uno y otro, el opresor y el oprimido, avanzan por la vida corriendo como estos dos hombres: el godo montado en su caballo, empujando; el campesino maniatado “con ásperas cuerdas”.

Este cuadro desfila un día delante del monje.

Si este monje es verdaderamente “un hombre de Dios”, su mirada sobre esta realidad humana, social, será lo mismo que los dos ojos que bucean en el libro, en la Palabra. Benito estaba en la puerta, solo y leyendo. Y es esta mirada sin palabras la que desata las cuerdas de la esclavitud. Dice el texto: “sin tocarlo”.

Hoy, en general, los monjes buscan “tocar” los lazos de la esclavitud y lo denominamos “compromiso”; con esto, a fin de cuentas, queremos compensar nuestra inoperancia, que es el resultado lógico de la franca dedicación a la oración y a la vida de santidad. “*Fuit vir vitae venerabilis, gratia Benedictus et nomine*”. Dirán, tal vez, que el caso de san Benito es excepcional, pues se trata de un santo. Lo excepcional para un monje no es la santidad, sino su

¹ *Hubo un varón de vida venerable, bendito por gracia y por nombre.* (Prólogo del 2º libro de los *Diálogos*, de san Gregorio Magno.).

ausencia. Lo “normal” no es el coeficiente mayoritario, sino aquello que corresponde a la naturaleza y no la contradice. San Benito podía encarar la opresión porque sus ojos eran suficientemente libres y contemplativos para hacer de su mirada, una mirada “liberadora”, una mirada de Cristo. El hecho de querer “tocar nuestros lazos” es un síntoma, hoy como ayer, de una falta de fidelidad al carisma monástico. Es, como dice san Benito en el capítulo I de la *Regla*, “mentir a Dios con la tonsura” bajo el pretexto de la “doble fidelidad” de la que habla de manera tan hermosa el Padre Loew en su último libro.

Hay, con todo, algo más. La misma mirada que desata al campesino, convierte al poderoso Zalla: “cayó a tierra, de rodillas”... “al retirarse corregido”... Y comenta san Gregorio: “... Reprimió sentado la ferocidad del terrible Godo y con su mirada desató las correas y los nudos que sujetaban los brazos de un inocente”. Para uno se trata de liberación material. Para el otro, es una liberación espiritual. Ambas se exigen mutuamente como prueba de su autenticidad. Y esta “*metanoia*” del opresor no es el fruto de la violencia del monje y de la “concientización” del campesino y sí del inmenso amor de Benito que simplemente “llamó a los hermanos y les ordenó que acompañaran a Zalla adentro para que tomara un alimento bendecido”. Y es, también, fruto de la inmensa seriedad con que luego le habla. “*Quem ad se reductum ut a tantae crudelitatis insania quiescere deberet admonuit*”. Se trata de esa “*gravitas*”, verdadera virtud para el monje y sobre la cual san Benito vuelve a hablar, de vez en cuando, a lo largo de la *Regla* y que equivale a seriedad de vida, madurez, ausencia de superficialidad, de lo “di-vertido”, de lo artificial, de lo “folklórico”. Dice la *Regla*:

«El undécimo grado de humildad consiste en que cuando hable, el monje lo haga reposadamente y con seriedad, humildad y gravedad, en pocas palabras y juiciosamente, sin levantar la voz, tal como está escrito: “Al sensato se lo conoce por su parquedad de palabras”» (*RB VII*).

«Abstenerse de palabras malas y deshonestas, no ser amigo de hablar mucho, no decir necedades o cosas que exciten la risa, no gustar de reír mucho o estrepitosamente. ... No consumir los impulsos de la ira. No dar paz falsa. Sufrir persecución por la justicia. No desear que le tengan a uno por santo sin serlo» (*RB IV*).

Este es el hombre que obra el doble milagro sobre el oprimido y el opresor. Es la actitud evangélica de san Pablo con Filemón y Onésimo, que

² Lo amonestó diciéndole que debía cesar en los excesos de su insensata crueldad (*Cap. XXXI, 3* del 2º libro de los *Diálogos*, de san Gregorio Magno).

³ *Gravitas*: Seriedad, firmeza.

busca reunirlos en un abrazo, y no contraponerlos por la violencia. Y san Gregorio nos da la clave de este milagro: “los que sirven con más familiaridad a Dios omnipotente, a veces pueden obrar cosas admirables tan solo con su propio poder”.

Estoy absolutamente convencida de que los monjes, en todos los tiempos, tuvimos y tenemos una misma misión “liberadora” en relación con nuestros hermanos “godos” y “campesinos”. No obstante, estoy igualmente convencida de que esta misión no la cumpliremos poniendo en acción nuestra “pasión política”, que es tan innata en nosotros como nuestro instinto social, sino asumiendo con toda “gravedad” nuestra misión contemplativa.

El día 7 de diciembre de 1965, en el acto de cierre del concilio Vaticano II, Pablo VI definía la vida contemplativa como “el esfuerzo de fijar en Dios la mirada y el corazón”. Es este esfuerzo fielmente vivido lo que hizo posible un día a san Benito “de pie junto a la ventana y rezando al Dios omnipotente”, “ver proyectarse el mundo entero como reunido en un único rayo de sol” (*Diálogos*, cap. XXXV). Esta visión sapiencial es la que nos hará posible ver la historia y los hombres con una mirada “eficaz”. Seremos entonces perfectamente capaces de “continuar sentados, leyendo la Palabra de Dios”, sin la inmadura impresión de que nos “alienamos”.

Como monjes, tenemos una tarea: liberarnos y liberar. Por eso, hacemos un voto de conversión de vida, por el cual nos comprometemos solemnemente a ser libres: del pecado, de los vicios, del desorden, de la violencia interior, por la presión de la triple concupiscencia. Y por eso optamos por ver el mundo dentro de la cinta de luz de la gloria de Dios, y esa mirada tiene la posibilidad de liberar a ricos y pobres. El monje clavado con Cristo en la cruz, es él mismo un crucificado para el mundo y el mundo está para él crucificado (*Ga* 6,14). Y, a partir de esa “alienación”, el monje da su vida por la libertad de sus hermanos oprimidos y de sus hermanos opresores. El monje es para esta generación “*el signo de Jonás*”, pero es también la presencia de Aquel “*que es más que Jonás*” (*Lc* 11,29 s). Y esto no es lirismo, no es frase hecha. Monjes y monjas sabemos bien hasta qué punto es severo, es exigente, el radicalismo de nuestra opción. Sabemos también cómo acecha la tentación de hacer algo útil, grande, hermoso. Sabemos cómo en nosotros duerme un líder, un jefe, un fundador, un reformador. Sabemos cómo, en nosotros, todos los instintos –desde el más primitivo, el miedo, hasta el más disimulado, el dominio– van y vienen como las nubes, que a veces son monstruos, a veces naves de increíble blancura y elevación. Sabemos que estamos “en la puerta, a solas, leyendo” mientras la historia camina comprometiendo a todos en su problemática. Y sabemos que difícilmente nuestra mirada, nuestro corazón, pueden continuar fijos en Dios cuando oímos los gritos de Zalla: “¡Vamos, levántate! ¡Levántate y devuélveme lo que recibiste de este campe-

sino!”. Pero el monje no será el hombre del castigo ni de la espada. No desatará él o nosotros, ni con las manos, ni con las palabras. Sabe que su fuerza y su solidaridad están en sus ojos, fijos en la gloria del Padre. El monje debe tener los ojos de Cristo “entregado a la contemplación en el monte” (*Lumen Gentium*, 46).

Abadía Gaudium Mariae
5153 San Antonio de Arredondo, Córdoba
ARGENTINA